

*¡Dios
mío,
ayúdame!*

SEGÚN 1 Y 2 SAMUEL

“Tengo que enfrentar a un gigante”

Y dijo David a Saúl: No desmaye el corazón de ninguno a causa de él; tu siervo irá y peleará contra este filisteo. Dijo Saúl a David: No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud... Añadió David: Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo... (1 Samuel 17.32–37).

Lectura de fondo: 1 Samuel 17.1–58.

Saúl, el primer rey de Israel, una vez más enfrentaba un ejército invasor de filisteos (1 Samuel 13.5). Esta vez, el frente de la batalla se situaba en el valle de Ela.¹ Los filisteos ocupaban el extremo occidental del valle. Al este estaban los hijos de Israel. Para los filisteos este valle era un lugar en el que se confrontaban paladines. En esta ocasión, habían escogido como paladín de ellos a Goliat, de Gat, un descendiente de las antiguas razas de gigantes.

Goliat era un formidable oponente, era de una estatura de casi tres metros, y llevaba puesta una armadura que le cubría la totalidad de su cuerpo (1 Samuel 17.4–7). Su estatura se elevaría por encima de la de los más altos jugadores de baloncesto del mundo. Por haber sido un guerrero al que se le había preparado desde muy joven, es probable que tuviera el temperamento feroz de un combatiente. Podemos suponer que su fealdad se equiparaba con su agresividad. Además, era arrogante, jactancioso y detestable; provocaba a los escuadrones de Israel dos veces al día, lo cual hizo durante cuarenta días.

La forma como Saúl reaccionaba ante las provocaciones de Goliat, era lastimosa. Ochenta veces se limitó a quedarse sentado a escuchar a las provocaciones sin hacer nada. Para Saúl, Goliat era un gigante tan grande, que nadie podría matarlo. Después de cada provocación Saúl quedaba consternado y aterrorizado.

La providencia de Dios escapa a nuestra comprensión. Su poder soberano fue suficiente como para proporcionarle a Israel un libertador, cuya procedencia era la menos esperada. A menos de un día de camino del valle de Ela, vivía aquel que derrotaría a Goliat. Se trataba de David, el que pronto sería rey de Israel, el cual trabajaba como pastor. El padre de éste, Isaí, había enviado a David al valle de Ela para que les llevara alimentos a sus hermanos, los cuales formaban parte del ejército de Saúl. Después de entregar las provisiones, se esperaba que David regresara a su padre Isaí, con noticias acerca de la condición de sus hermanos.

David llegó al campamento del ejército a tiempo para oír las provocaciones de Goliat. A David le sorprendió que las provocaciones no fueran respondidas. A pesar de la formidable apariencia de su oponente, David confiaba en que Dios le concedería la victoria al hombre que se enfrentara a Goliat. Le extrañaba que ninguno estuviera dispuesto a pelear para alcanzar esta segura victoria. Las palabras de David lo llevaron hasta la presencia del rey. Cuando éste oyó que había uno que tenía la valentía para enfrentarse a Goliat, Saúl envió inmediatamente a traer a David. Saúl, sin duda, se decepcionó al enterarse

¹ El valle de Ela estaba situado al noroeste de Judá. Era uno de los pasajes más importantes para viajar de las llanuras de los filisteos hasta las altas tierras de Judá.

de que el que estaba dispuesto a pelear con el gigante era tan sólo un pastorcillo.

La desesperación llevó a Saúl a proponerle a David que se pusiera su armadura y llevara sus armas. David se las probó pero se rehusó a utilizar aquel equipo de protección. En lugar de éste, cuando David se acercó al sitio de confrontación con Goliat, él eligió sus propias armas. Del arroyo escogió cinco piedras lisas. Es probable que también llevara su cayado pastoril (1 Samuel 17.40). Los anteriores, junto con su honda, constituyeron las armas, con las cuales enfrentaría al gigante filisteo.

Sólo dos golpes se oyeron en el curso de esta batalla. David golpeó a Goliat, y Goliat golpeó el suelo. La piedra de David dio contra Goliat en una parte del cuerpo de éste, la cual no estaba cubierta por su armadura —su frente. David tomó la espada del gigante, y con ésta le cortó la cabeza, ganando así la contienda.

Cuando los filisteos vieron a su paladín muerto, huyeron rompiendo así la promesa que habían hecho de convertirse en siervos de los israelitas (1 Samuel 17.9). Israel los alcanzó, mató a muchos, y saquearon su campamento. David, no obstante, tomó solamente la cabeza de Goliat y las armas de éste. Esta cabeza fue exhibida para que todo mundo viera que el gigante había muerto, no por el poder de David, sino por el de Dios.

TODOS ENFRENTAMOS GIGANTES

Todos encaramos gigantes. Podemos dar gracias de que no se trata de opresores físicos como Goliat. Nuestros gigantes son a menudo nuestros problemas y dificultades diarios. Pueden ser aflicciones corporales. Pueden ser actitudes que hayamos adoptado. Algunos están allí por causa de las circunstancias que nos rodean, tanto las del pasado como las del presente; otros son el resultado de cambios naturales en las relaciones y en el envejecimiento. Su gigante puede ser tan temible como un diagnóstico de cáncer. Puede que se trate de su casa o negocio, el cual ha sido destruido por el fuego. Puede ser que descubra que su cónyuge le es infiel. Puede ser la adicción a una sustancia química.

Son pocos los que se libran de los pesos de la vida. Esta puede ser la razón por la cual Jesús comparó estos problemas de la fe con montañas: “Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho” (Marcos 11.23).

Cuando enfrentamos a nuestros gigantes,

tenemos dos opciones: Podemos pelear o podemos huir. Todos somos poseedores, en la estructura física, mental y emocional de la que estamos compuestos, de lo que se conoce como “mecanismo de pelea o huida” —reacciones naturales, fisiológicas, al miedo, al peligro y a la incertidumbre. La Biblia ilustra en forma idónea los dos principios, el de “pelea” y el de “huida”, para enfrentar el peligro. José se libró del peligro corriendo (Génesis 39.11–12). Sansón enfrentó a un león y atacó (Jueces 14.5–6).

Los que huyen

La tendencia a huir se ilustra brillantemente en los momentos cuando el pueblo de Dios enfrentó gigantes. Cuando los hijos de Israel llegaron a Cades-barnea, después de varios años de vagar por el desierto, ellos enviaron a doce hombres a reconocer la tierra de Canaán (Números 13.1–20). Ellos debían reconocer la solidez de las fortificaciones militares, y explorar la riqueza de la tierra. El grupo regresó y el acuerdo de ellos fue unánime en cuanto a la riqueza de la tierra. No obstante, la opinión estuvo dividida en cuanto a la fortaleza militar de los habitantes. La mayoría dijo:

... Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y este es el fruto de ella. Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac...

... No podremos subir contra aquel pueblo, porque es más fuerte que nosotros (Números 13.27–31).

Estaban temerosos y llenos de incertidumbre. Cuando vieron a los hijos de Anac, los cuales eran gigantes, diez espías fueron paralizados por el temor. Estos diez persuadieron a la multitud de Israel de que ellos no podía tomar Canaán. Como intentaron huir del problema, los hijos de Israel sufrieron en gran manera: El desierto fue el hogar de ellos por treinta ocho años más.

El vivir lleno de temores está lejos de ser una solución idónea para los problemas que nos plantea el vivir en este mundo. Además, no es propio de los cristianos el vivir llenos de temor (2 Timoteo 1.7; 1 Corintios 16.10). El miedo no solamente nos hace sentir desdichados, sino que puede causar que hagamos sentir desdichados a los que nos rodean. El miedo tiene el potencial de destruir nuestras vidas enteras —física, emocional y espiritualmente.

Puede que estemos huyendo cuando racionalizamos. Puede que nos excusemos de nuestra falta de actividad diciendo que el problema es

demasiado grande o que nuestros recursos son muy limitados. Una vez oí de un grupo de cazadores de osos, reunidos en una cabaña de cazadores. Un cazador de baja estatura se acercó a otro que era de mucho mayor tamaño y le dijo: “Si yo fuera de su tamaño, saldría y cazaría el oso más grande con nada más que un garrote”. Sin volver a ver, el hombre grande dijo: “También hay muchos osos pequeños en el bosque”.

Algunos tratan de echarle la culpa de sus problemas a otros. Hay quienes incluso se atreven a culpar a Dios. Dudan de la sabiduría de éste poniendo en tela de juicio el tamaño de los problemas que enfrentan. Dudan de su amor preguntándose por qué no quita de ellos los problemas que tienen. Tal frustración es el resultado de olvidarse de una de las verdades primordiales de la vida: Dios es más grande que cualquier problema. Ya alguien lo dijo: “El poder que nos respalda es más grande que el problema que nos amenaza”.

Los que pelean

La otra opción que nos queda es la de pelear con el gigante. A menudo es necesario atacar, pelear y vencer al gigante, si es que ha de haber paz en nuestros corazones. No debe haber razón para que los cristianos no estén dispuestos a pelear en contra de sus gigantes.

La opinión dividida expresada por los espías en cuanto a la tierra de Canaán, dividió a su vez al pueblo (Números 13). La mayoría de ellos dijo que la tierra era buena, pero que no podía ser tomada; una minoría de dos opinaba diferente. Josué y Caleb declararon que, como el Señor estaba con ellos, ellos podían tomar la tierra.

Caleb no solamente creyó que los gigantes podían ser derrotados con la ayuda del Señor, sino que también mantuvo la determinación de que un día demostraría tal posibilidad. Cuando más adelante los israelitas comenzaron a distribuirse la tierra después de la conquista, Caleb pasó al frente para reclamar su parte. Esto fue lo que dijo:

Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día; porque tú oíste en aquel día que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho (Josué 14.12).

Caleb sabía que los gigantes estaban en su tierra. Él sabía, por lo tanto, que para poder disfrutar de su tierra, él debía atacar y derrotar a los gigantes. A pesar de que ya había pasado algún tiempo, su convicción de que con la ayuda de Dios él podía

prevalecer, estaba intacta.

Con tal confianza, nosotros también podemos enfrentar a nuestros gigantes con certeza. Podemos enfrentar gigantes y triunfar sobre ellos.

CÓMO PELEAR EN CONTRA DE UN GIGANTE

Debemos hacer preparativos

Un pastor era el más humilde de los siervos, a menudo era el hijo más joven. Este era el papel de David. Isaí no supo apreciar el valor de su hijo David. Ni siquiera invitó a éste para la reunión que Samuel había convocado para los hijos de Isaí (1 Samuel 16.5–11). ¿A quién se le podía ocurrir que un pastor podía alguna vez llegar a ser rey? No obstante, David aprendió lecciones como pastor, las cuales contribuyeron enormemente para llegar a ser rey. Como pastor que él era, David había aprendido el valor de ser responsable, de cuidar y de defender a las ovejas (1 Samuel 17.34–36). Sus solitarias responsabilidades le concedieron tiempo para practicar con la honda. Aún más, fue sin duda un estudiante de la naturaleza, aprendió a apreciar la obra de Dios. En el momento, tal vez, no se percataba de que la humilde posición de pastor le estaba enseñando cómo ser un rey.

No debemos subestimar las lecciones que Dios nos enseña. Podemos pensar que son sencillas e innecesarias, pero puede que nuestra fe sea probada primero con las cosas pequeñas. Cuando cumplimos con actos de obediencia elementales, nos estamos preparando para oportunidades más grandes.

Con la primavera llegan muchas cosas buenas al estado de la Florida. Una de ellas es la visita de los equipos de béisbol más importantes del país, para el entrenamiento de primavera de ellos. A este servidor le ha tocado visitar los campamentos de entrenamiento de ellos, y se ha quedado impresionado de cuán a menudo los veteranos más maduros practican los aspectos fundamentales de su deporte. Todo calentamiento previo a un juego, incluye un juego de prácticas de rutina dentro y fuera del campo. Los jugadores llevan a cabo el mismo ritual de práctica de recepción y lanzamiento antes de cada juego. ¿Por qué? Solamente cuando uno ejecuta en forma repetida las jugadas sencillas, es que estará en condiciones de llevar a cabo las jugadas espectaculares. La grandeza se aprende en las tareas sencillas. Aunque parezcan tareas insignificantes, Dios puede estar enseñándonos lecciones para la vida.

Debemos mantener la perspectiva correcta

Uno de los beneficios de la fe en Dios proviene de la nueva perspectiva que ella nos presenta. Note la diferencia en la forma como David y Saúl vieron a Goliat. El rey Saúl vio a un gigante de casi tres metros de alto —a un hombre que había sido guerrero desde su juventud. Por otro lado, David vio a un filisteo incircunciso que estaba insultando a Dios —un enemigo que podía ser derrotado, no importaba cuán grande fuera su tamaño. ¡David lo vio como un blanco tan enorme que no había manera de errar! Saúl vio a Goliat a la luz de sus propias debilidades personales; David vio al gigante desde la posición de un siervo que ha sido fortalecido por la ayuda de Dios.

¡Qué fácilmente nos engañamos! Una nueva perspectiva puede mostrarnos que nuestros “gigantes” no son tan grandes como creíamos. También nos puede mostrar que incluso los gigantes tienen sus partes débiles. La única parte de Goliat no cubierta por la armadura, era la más vulnerable; así puede suceder con nuestros gigantes.

Una nueva perspectiva puede mostrarnos las verdaderas debilidades de nuestros gigantes. Debemos recordar que respaldando a cada gigante está el dios de este mundo. Nuestro Dios es inimaginablemente más poderoso que el diablo. Nuestro Padre siempre limita el poder que Satanás tiene para tentarnos (Job 1.9, 12; 2.4–6). Nuestro Padre puede facultarnos para vencer las tretas del mal (Efesios 6.11–13). La perspectiva nos permite comparar el poder de Dios con las debilidades de los malos.

Debemos utilizar nuestras poderosas armas

Para los que están en el mundo, nuestras armas para enfrentar gigantes parecen débiles. ¡Imagínese el miedo sentido por el ejército de Israel cuando David salió al valle de Ela con nada más que una honda y cinco piedras lisas! Goliat recibió el acercamiento de David con burla; sin embargo las armas de David, con la ayuda de Dios, resultaron ser más que suficientes. Pablo nos recordó que “las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios,...” (2 Corintios 10.4–5). Nuestro poder hoy día no reside en la fuerza de nuestras armas, sino en la presencia de Dios. David, con su honda, fue superior a cien Goliats porque Dios estaba con él.

El Dios de David también es nuestro Dios. El tiempo no ha erosionado ni disminuido su poder. Así como estuvo con David, también *estará con*

nosotros. Nuestra oración a Dios más innecesaria tal vez sea aquella en la que le pedimos que él esté con nosotros (aunque esta oración puede consolarnos y hacernos conscientes constantemente de su presencia). ¿Por qué pedirle que haga lo que ya ha prometido hacer? Las Escrituras nos dan certeza de su presencia si estamos con él.

... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo 28.20b).

... porque él dijo: No te desamparé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con confianza:

El Señor es mi ayudador; no temeré
Lo que me pueda hacer el hombre
(Hebreos 13.5–6).

Vemos en David una demostración de la verdadera humildad. La humildad no es creer que no somos nada; es creer que Dios lo es todo. En esta fe podemos hallar nuestra más grande fortaleza.

David no sólo tuvo fe; también tuvo experiencia en la fe. El recuerdo de la ayuda de Dios en el pasado le dio certeza de que éste le ayudaría en el presente. Este recuerdo es uno de los recursos más eficaces para cuando enfrentamos las dificultades de la vida. Si Dios ha sido nuestro ayudador en el pasado, ¿qué razón hay para no esperar que continúe siéndolo? Él no ha cambiado. Si no esperamos que él sea nuestro ayudador en el presente, puede que se deba a que carecemos de la fe que tuvimos en el pasado.

CONCLUSIÓN

Los cristianos batallamos para hacerle frente, pelear, y vencer gigantes en nuestras vidas. El diablo es persistente en sus esfuerzos por vencernos (2 Corintios 10.4; Efesios 6.12), y algunas veces nuestras batallas parecen ser iguales a la de David en el valle de Ela. No obstante, Dios está con nosotros, tal como lo estuvo con David:

Te amo, oh Jehová, fortaleza *mía*.
Jehová, roca *mía* y castillo *mío*, y *mi* libertador;
Dios *mío*, fuerte *mío*, en él confiaré;
Mi escudo, y la fuerza de *mi* salvación, *mi* alto refugio.
Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado,
Y seré salvo de mis enemigos
(Salmo 18.1–3; énfasis nuestro).

Nuestra victoria final es segura, pues Dios eventualmente vencerá a Satanás. Una victoria personal ahora es un anticipo de esa victoria final. Toda la gloria se le debe dar a él. *Nuestra debilidad es la fortaleza de Dios; nuestra victoria es suya.* ■